

Arañar sordo de cristales. La distancia era eso o, tal vez, una pareja que juega a las cartas y sólo en el descanso se ama porque jugar a las cartas es una ocupación grave y lleva mucho tiempo. Hace falta energía.

Estar a la orilla o en un puente o dentro de nosotros, pero bien a la orilla o asomadas a un puente y ver como corre el agua, ríos de etilenglicol en las venas que envenenan hasta nuestros sueños. No encontrarse con nadie, no esperar a nadie y mirar. Hacer como que una tiene amigos pero están todos en otro lado, todos los amigos en otro lado siempre en otro lado y hacer tiempo.

—¿Y qué le regalarías a un joven, Tarvoski? Y Andréi mueve el flequillo — el primer flequillo de la historia del cine — y dice:

— Yo a los jóvenes les regalaría soledad.

Y a pulsar botones, el borde se difumina entonces y ahí hay una posibilidad, te dices, pero te das cuenta de que el estruendo está dentro de tu cabeza y eso no era tampoco un poema ni eso no eso tampoco. ¿Por qué no consumir? — te dices —. Consumirse a la vez que consumes, descubrir que te haces mayor mientras te acercas a cuerpos que ya no dicen tanto. Ya te estás quedando otra vez prendida en uno u otro, deshilachada y son todos de mentira.

Los jóvenes huelen a leche, eso dice siempre mi madre, los jóvenes huelen a leche, tienen problemas para empalmarse y no se encuentran el culo. Tienen pollas tan bellas como inservibles, te cuentan historias de amor para intentar conseguir una erección y se despiden preguntándote con aire ausente:

-Pero... ¿te dije yo alguna vez que te quería?

---

Me dijo que me quería y me pidió matrimonio, pero yo no quise casarme. Todas las novias son feas. Eso ha dicho siempre mi madre, todas las novias son feas porque están estresadas. A todas las novias les brilla el rostro debajo del maquillaje y todas están tensas y tienen cara de haber dormido poco y se despeinan y parecen gordas. Las únicas novias guapas son las de los catálogos de novias. Y éstas no son de verdad.

Recuerdo el día que mis padres se casaron. Yo tenía siete años. También recuerdo mi bautizo, pero ésa es otra historia... hay un montón de cosas que han llegado a mi vida a destiempo. Mi madre llevaba un vestido verde y mi padre llevaba una buena cogorza. Discutieron por la mañana, antes de ir al juzgado. Mi padre dijo:

–Mamá (así llamaba a mi madre: mamá) así no podemos casarnos.

Y mi madre dijo que se casaban aunque fueran a firmar por separado.

Siempre he pensado que mi madre dice que todas las novias son feas porque ella nunca fue una novia de verdad, como las de los catálogos. Años más tarde en el entierro de mi padre, le tocó el papel de viuda. Estaba sentada en una silla y parecía asustada.

– Mamá – le dije – un día te voy a escribir un papel sólo para ti.

Seamos siempre personajes secundarios, de los que salen una vez a escena tangencialmente dicen las malas lenguas. Seamos secundarios porque los protagonistas han dejado hace tiempo de ser personajes y son sólo ellos. Hay que *ser un otro*, o dos, o tres y que ninguno te guste del todo. Hay que ir a ver a Noam Chomsky en Nueva York con jet lag, y estar tan cerca de haber visto a Noam Chomsky en Nueva York y no poder entrar porque

está lleno. Hay que tener siete años y estar a punto de ganar un premio y perderlo, estar en la fiesta de tu vida y quedarte encerrada en el baño.

Las historias que me interesan son ésas: ser la hermana fea de Sharon Stone o quedar finalista, o perder sin más. Estar cerca siempre, pero nunca en. Pero... ¿has robado o no? ¿Cómo es con las cartas? ¿Se dice: "te como tu carta"? ¿Ese intento de llegar al otro mediante la polla o el coño no es un poco como las barreras para el sonido que ponen en las carreteras o las tuberías, no es una de esas tristes estrategias mecánicas para llegar al espíritu?

---

Pero tal vez, la única manera de llegar al espíritu sea la mecánica. En cualquier caso, intuyes que empieza la temporada más dura de tu vida y que te pilla más lúcida que nunca. Los botones eran... No recuerdo como empezó, estabas en un bar y no sabía si eras un hombre o una mujer. Tenías cuarenta años. ¿Cómo se puede intentar nada cuándo las respuestas ya están escritas? Y la voz dice:

– *I want you so much.*

¿Cómo es el deseo a los cuarenta? Y tú dijiste que el secreto era amar lo justo -pero no adelantemos relojes ni acontecimientos- y yo te respondía: «La medida del amor es amar sin medida». Pero el puto amor se inventa a sí mismo y no sé si la voz dice *so much* o *fromage*...

– *I want you fromage...*

– Da otra mano.

No sé cómo se juega a ningún juego de cartas, me enseñaron a despreciar el juego y ahora parece lo único serio. Me hablas al oído de juegos infinitos, me gusta, me suena, me pita el

oído, abro las piernas y me agacho, el juego comienza en la punta de un látigo. ¿Cómo se llama cuando las cartas que tienes son las que están en el montón? Quiero decir... esas cartas, te dan algún tipo de súper poder, ¿no? Pintan copas o pintan oros... eso era lo que quería decir, entonces tus cartas valen más. Y roba, tú también roba del montón, el montón también tenía un nombre... todo suele tener un nombre mucho más preciso del que siempre recordamos, pero el borde se difumina entonces hemos dicho, casi como los días de lluvia, y dijiste también que si quería hacer poesía tenía que quitarle el “como” a la frase y entonces salía un poema. Los días de lluvia difuminan el borde. Eso es poesía. Ésa luz que apunta a ningún sitio: no. ¿Me echas de menos? Colgada de un edificio esa luz tan grande debería alumbrar algo. Escucho algo como un maullido. ¡Échame de menos! Olvida los números de teléfono y la cartera pero roba, llévatelo todo de una vez, ¡joder! Todo lo que quede menos la desilusión, si te desilusionas es porque antes te has ilusionado. ¿Cuántas veces puede uno desilusionarse aún? *Noch einmal?* ¿Nos quedan vidas? Podríamos ir a comprarlas a una de esas granjas virtuales donde venden vidas para los videojuegos. Eso es el amor, fabricar la nada. ¿Qué venden ahí?

---

El escaparate privilegiado es la juventud. La juventud se volvió mercancía antes de que esa palabra existiera. Fetiche máximo en su desconocimiento de sí. Venderse es lo que hacemos cada día. Estar escribiendo en un bar te hace sospechoso, estar sólo te hace sospechoso, también. Y no gustar, gustar demasiado y no mirar... y si miras a tu alrededor con tu ordenador abierto en ese café tan moderno, la gente pensará que escribes sobre ellos y peor si dibujas porque ahí se pueden reconocer, pero en la escritura no.

—¿Tú qué coño miras? ¿Qué pasa? Acabo de tirar el teléfono al río, tú paseas un perro, la gente que pasea perros son como una secta, se creen mejores, pasean a su perro pero comen conejo. ¿Qué diferencia hay entre un perro y un conejo? A mí me da igual, hace tiempo que huyo de cualquier ideología, pero fui la nieta vegana del Ché.

Me preocupa, si acaso, el espejismo. Pero sólo el mío. Y no ser la protagonista de mi propio espejismo, pero vamos, salgamos, hablemos, hagamos como que el amor es toda esta mierda.

Todo lo que pensaste que sería una mala idea funcionó. Apunta, he ganado yo... ¿cómo vamos? Llego tarde al cine.

Y Tarkovski no le regalaría soledad a los viejos porque a los viejos les sobra.